

LA CULTURA SUPERIOR Y LAS ETAPAS DE LA EDUCACION*

Por HONORIO DELGADO

Profesor de la Universidad Mayor de San Marcos.

Tanto en el sentido de civilización cuanto en el de educación, la cultura es vida humana guiada por valores del espíritu. Sus manifestaciones substantivas, el señorío de la realidad y el servicio de ideales, requieren vigor de lo intemporal en el alma y organización social jerárquica. Ciertamente, la sangre, la raza, es también condición de la cultura; constituye uno de los factores determinantes de las diferencias de su fuerza y su calidad en los pueblos y en los individuos. Desde este punto de vista es justo afirmar que la cultura es perfección de la naturaleza. Pero es perfección de la naturaleza por la injerencia de valores extraños a la economía de ésta. El límite de la influencia ejercida en este dominio por el factor biológico, logra precisión admirable en una imagen de la sabiduría oriental que me permito parafrasear: la naturaleza, nodriza del hombre, sustenta su espíritu sólo hasta el punto donde éste siente que no procede de ella. La influencia inversa — del espíritu sobre la naturaleza — es una de las manifestaciones principales de la cultura, según queda enunciado. Pues señorío de la realidad es, por encima del mero aprovechamiento utilitario y técnico del mundo en que vivimos, inteligencia de sus fenómenos, penetración cordial de su dirección creadora y dominio sobre sus fuerzas, inclusive, y acaso principalmente, sobre las del propio cuerpo, porción de la naturaleza que nos es inmediata. Así, toda transfiguración de lo nativo por obra del espíritu, desde la labranza hasta la disciplina moral, corresponde a la misma esencia. Pero la verdadera substancia de la cultura, sin la cual el señorío de la realidad apenas se elevaría por encima de la industria instintiva, es el servicio de ideales.

* Sexta conferencia del ciclo organizado por la Acción Católica Peruana, dada en Lima, en el salón de actuaciones del Colegio de la Inmaculada, el 14 de octubre de 1942.

Esto significa una concepción del mundo, una tabla de valores que el hombre abraza con fe y cuyos bienes inmateriales persigue con amor. Condición de semejante entrega y de la cultura como un todo es el vigor de lo intemporal en el alma, en cuya virtud los acontecimientos no se desvanecen con el fluir del tiempo, sino que, en cuanto constituyen actos del ser espiritual frente a lo absoluto, salvan al hombre de la mengua anexa a lo transeúnte, a lo finito y relativo, elevándolo hacia Dios; pues, según la frase de Romano Guardini, "el altar es el umbral de la eternidad". Por último, de la otra base de la cultura, o sea la organización social jerárquica, depende el fomento y la conservación de las creaciones del espíritu, la maduración de los hombres en una atmósfera de incentivos y opciones. Apenas cabe agregar que la estructura social por sí sola no es un fin último y que la objetividad de sus fenómenos no agota la esencia de la cultura, como pretende equivocadamente el sociologismo.

De lo expuesto se desprende el concepto de cultura superior en general. Cultura superior es aquella que realza la existencia por encima de lo perecedero hacia un mundo coherente de ideas y aspiraciones sublimes, que fecunda y acrisola el ser individual de los hombres, a los cuales ordena según su calidad, y que asume a la naturaleza con la plenitud de sus valores.

Hasta aquí me he referido a la cultura en su doble aspecto de proceso suprasocial de los pueblos y de influencia formadora de las almas. Tal ambigüedad ha sido respetada intencionalmente porque ambos modos de cultura incorporan el espíritu — en formas históricas en un caso, en formas personales en el otro —, y ambos modos inmantienen entre ellos relaciones recíprocas. En lo que sigue de mi discurso atenderé especialmente a la cultura de las almas, al perfeccionamiento íntimo del hombre, a la fecundación de su substancia original, que procede de la tradición vigente y cuya meta es el ideal de humanidad acariciado por la *élite* guiadora de la vida pública.

Antes de continuar he de hacer otra distinción. La cultura individual en un sentido amplio comprende la educación, la instrucción y el adiestramiento. Pero en sentido estricto (el cual sigo principalmente aquí, ya que trato de la cultura superior) es idéntica con la educación, cuya tarea es formar la personalidad según un modelo ideal de vida. La educación se realiza por la influencia personal, tanto deliberada y con el uso de la disciplina, cuanto espontá-

nea, con sólo la ejemplaridad. La instrucción consiste en comunicar al individuo conocimientos y principios, saber y métodos; y el adiestramiento, en enseñarle la práctica de una actividad técnica. La separación, sin embargo, no puede ser absoluta, pues sirven para la educación tanto la enseñanza, por el contenido espiritual que es capaz de transmitir, cuanto el adiestramiento, a causa de la eficacia formadora del trabajo. Y no se concibe instrucción ni adiestramiento, de cualquier clase que sean, sin que medie la educación, como potencia formal, como alma y meta de la preparación del hombre total. Hecha esta delimitación, debo recalcar la diferencia de principio existente entre la educación o cultura individual en sentido estricto y las otras formas de la acción docente. Nada mejor a tal propósito que las palabras de Nietzsche: "Muchísimo debe aprender el hombre para vivir, para sostenerse en la lucha por la existencia: pero todo lo que con este objeto aprende y hace como individuo no tiene nada que ver con la cultura. Por el contrario, ésta comienza sólo en una capa atmosférica situada muy por encima de aquel mundo de la necesidad, de la lucha por la existencia, de la estrechez".

En efecto, la educación es perfeccionamiento de la indole humana, más allá de toda utilidad, fuera de toda voluntad interesada. No es otro su sentido original. Cicerón, a quien se debe la expresión *cultura animi*, introdujo igualmente la de *humanitas* para traducir del griego la palabra *paideia* (cultura). *Humanitas* es aquel género de influencias merced a las cuales el hombre se hace más profunda y genuinamente hombre. Werner Jaeger, filólogo autorizado, expone nitidamente el origen y la significación de estos términos. El descubrimiento del hombre realizado por los griegos — escribe en su bella obra *Paideia: Die Formung des griechischen Menschen* — "no es un descubrimiento del yo subjetivo, sino el hacer conscientes las leyes generales de la esencia humana. El principio espiritual de los griegos no es el individualismo sino el "humanismo", si es permitido usar conscientemente la palabra en éste su original sentido antiguo. Humanismo viene de *humanitas*. Esta palabra ha tenido, a más tardar desde los días de Varrón y Cicerón, junto con el significado más antiguo y vulgar de los humanitarios, que aquí no nos interesa, un segundo sentido superior y riguroso: designa la educación del hombre según su verdadera forma, del ser propiamente hombre. Esta es la auténtica *paideia* grie-

ga, tal como un hombre de Estado romano la sentía como modelo. No procede del individuo sino de la idea. Por encima del hombre como ser de rebaño y del hombre como presunto yo autónomo, está el hombre como idea; y así lo han visto siempre los griegos, tanto los educadores cuanto los poetas, artistas e investigadores. Pero el hombre como idea significa: imagen de la especie, válida en general y con el carácter de exigencia... El ideal humano de los griegos, en el cual debían formarse los individuos, no es un esquema vacío; no está fuera del espacio y el tiempo... Esto lo han desconocido el clasicismo y el humanismo del tiempo pasado... En el momento actual... no se trata de colocar artificialmente el objeto en una luz idealizadora. El fin es comprender en su propia esencia espiritual el imperecedero fenómeno educativo de la Antigüedad y el impulso griego que dió para siempre dirección al movimiento histórico".

Por desgracia, el hombre actual ha olvidado la actitud correspondiente a esta preciosa tradición. Desde hace siglos decae el fuste realmente humano, la idea viva de perfección intrínseca, decae en la misma proporción que medra el saber acerca de la realidad exterior y se extiende la maquinaria del dominio técnico de la misma. No olvidemos a este propósito la gran verdad enunciada por Hugo Dingler: "Las columnas sobre las cuales se creyó que podía descansar nuestra cultura se desploman en la medida en que se basan sólo en el saber". Parece como si la entrega del alma a las cosas exteriores y el despliegue de su poder sobre el mundo de fuera, se realizasen a expensas del mundo interior y la verdadera cultura. Con semejante substitución de la entidad por lo trocable se pierden, entre otras altas cualidades, la sabiduría y la fe.

Inherente a la madurez del sentido íntimo, la sabiduría abre el alma a la substancia e infinita variedad de lo real en el hombre y en el mundo y dirige la estimativa hacia todo aquello que es capaz de enriquecer y afinar la propia existencia. Aunque relacionada con la razón como la inteligencia, la sabiduría lo está de modo más profundo y vivo, pues arraiga en la fuente misma de la espiritualidad y alcanza el fundamento invisible y eterno de los fenómenos. El moralista sin duda alude a la sabiduría cuando dice: "Lo que he aprendido no lo sé ya; lo que sé todavía lo he adivinado".

La fe, base de sustentación del ser metafísico del hombre, movimiento de su intimidad merced al cual logra la trascendencia, es

lo que da tono, firmeza y orden a la experiencia vivida, tenor y eminencia a la personalidad moral. Sin ella la cultura carece de la dimensión esencial para el vuelo del hombre por encima de lo finito, sobre la simple inmanencia. Hasta la pura vida social sufre con su falta, pues, según observa Nicolai Hartmann, "la solidaridad de la fe es más fundamental que cualquiera otra, es sostén de toda comunidad en general. . . Sólo en la fe hay la libertad exterior, sobre cuyo fundamento será posible educar a una generación para la libertad interior, para que sea capaz de responsabilidad y de amor a la responsabilidad. . . El *ethos* de la lealtad comienza con la fe". Es claro que me refiero a la fe primordial — de la religiosa proceden todas las demás — y no a meras supersticiones, de cualquier naturaleza que sean. Cuando, según ocurre en nuestro tiempo, la mayoría de las gentes instruidas, dispuesta a profanarlo todo, considera la fe como mera ficción o como insipiente, entonces la colectividad es presa de ruines sugerencias, de ídolos groseros que la encandilan fugazmente, incapaz ya de convicción profunda, de noble fervor, de aliento heroico, de lo que Dante llama *primo amore* y Napoleón, fuego sagrado. Este refinamiento deletéreo para la sana vida de relación, es síntoma de ruina en el alma popular, estado peor que la barbarie, la cual siquiera es promesa de cultura.

Afortunadamente, también en nuestros días revive la idea del hombre genuino en el pensamiento de los filósofos. Otra vez, como en la Grecia de Sócrates, frente a los extremos de los sofistas, empeñados en hacer cosa de juego las disciplinas del espíritu y cosa de escarnio las más venerables tradiciones de la civilización, la filosofía verdadera retorna a sus fuentes, al penetral del hombre. No tiene otro sentido, a mi entender, el nacimiento de la antropología filosófica y de la filosofía existencial, cuya tarea común consiste en investigar de nuevo la realidad profunda del hombre y su relación con lo absoluto, para poder afrontar el destino según el efectivo sentido de la libertad.

He dicho que en la actualidad es evidente el descacimiento del verdadero humanismo y que éste renace promisorio en las nuevas corrientes del pensamiento filosófico. En realidad no hay contradicción en esto, y la oposición manifiesta de tales tendencias no es exclusiva de nuestra época. Si bien difícilmente en grado igual, ha existido en todas las épocas de la historia y subsistirá siempre, pues corresponde a inevitable y general condición de la vida del es-

píritu. Me refiero a la distancia y hasta la pugna que separa a los hombres en dos grupos: los promotores de la alta cultura, los selectos, los nobles, los que adoptan las mayores exigencias del espíritu, los que viven y mueren por los más altos ideales, y la masa común, renuente a la elevación moral, movida sólo por los valores asequibles sin esfuerzo y sujeta a la iniciativa ajena. En todo tiempo la alta cultura fué privilegio de las minorías, cuya medida de las cosas ciertamente logró eficacia para la colectividad sólo cuando su estilo de vida y su selección de los bienes inmateriales correspondieron a lo realmente óptimo y cuando encontraron dignos continuadores del porte señorial y de la mente creadera. Únicamente cuando falta esta continuidad de la excelencia rectora puede propugnarse esa enormidad demagógica, contra natura y contra cultura, de que todos los hombres tienen igual aptitud para ser educados.

Después del largo exordio que precede podemos pasar a la parte especial del tema, que es el examen de los fundamentos de la alta cultura en las etapas de la acción docente. Si la *cultura animi* consiste en favorecer gracias a un modelo ideal el desarrollo y el encendramiento de lo noble en las mentes predispuestas para ello o en la medida que lo son, en realidad corresponde a una labor integral, difícil de descomponer en factores aislables. Con todo, a fin de exponer en qué consiste su prosecución, no hay otro medio que separar aspectos del conjunto desde un punto de vista forzosamente arbitrario y esquemático. Así, pues, a pesar de los inconvenientes que tiene, recurriré a la distinción de tres modos de cultura: el intelectual, el artístico y el moral. Después de tratar del primero y del último, examinaremos el papel que desempeñan la tradición y la libertad en el perfeccionamiento del educando. De la cultura artística sólo recordaré que alcanza su fin superior si mira al embellecimiento del alma misma, impregnándola de amor a la forma perfecta incluso en lo tocante a las exteriorizaciones de la conducta cotidiana. Como la edificación moral, la formación artística refinada debe apelar al elemento aristocrático de la disposición espiritual que resplandece en el buen tono de la acción, en la urbanidad de las maneras.

La cultura intelectual se confunde en parte con la instrucción; es la faz educativa anexa al saber, lo que desborda de la mera adquisición de éste en forma de influencia, mayormente indirecta, sobre la intimidad del espíritu personal. No principalmente en cuan-

to a riqueza, claridad y exactitud del pensamiento, sino como disciplina de la ejercitación correspondiente y sobre todo como iluminación y enriquecimiento de la personalidad, por obra de la significación humana de la substancia aprehendida. El logro individual de esta suerte de influencia formadora de la enseñanza depende más que de la capacidad propiamente intelectual del educando, de su calidad anímica, de su disposición para la vida espiritual. La cultura intelectual tampoco guarda proporción con la cantidad de conocimientos ni con la fuerza suasoria de su exposición. Se ha identificado erróneamente la incultura con la ignorancia y el analfabetismo, siendo así que la sabiduría misma es compatible con la absoluta carencia de escuela y que los peores extremos de incultura se manifiestan principalmente entre los "intelectuales" pertenecientes a esa especie de *demi-monde* de las letras cuyos representantes más típicos son el periodista de mala ley, el politicastro y el preceptor resentido, nacidos más para *menestres* que para dirigir la opinión, la vida pública y la formación de la juventud. Ya Platón dijo, también en esta materia, la palabra definitiva: "el peor y más temible de los males no es la absoluta ignorancia; mucho peor es poseer conocimientos vastos, pero mal digeridos". En lo tocante al vigor persuasivo de la doctrina, no cabe duda de que por sí solo no es educativo. Por el contrario, donde la duda y la crítica son legítimas nada hay más peligroso para la cultura que la sobrevaloración de los conceptos, ese "hábito temerario", impugnado por Maurice Blondel, "de los juicios cortantes, absolutos, definitivos, ahí donde no se tiene ni se puede tener sino opiniones fragmentarias, inadecuadas y perfectibles". Pues, como lo evidencia el engañoso proselitismo de las teorías materialistas con pretensiones culturales del siglo pasado, "el ardor apasionado frecuentemente crece a medida que los argumentos son más indigentes". Ciertamente que el estímulo de la convicción es necesario y plausible cuando se trata de conocimientos incuestionables.

Las ciencias, las letras y la filosofía son de un valor cultural muy diferente. Aunque constituyen materia importante de la instrucción, las ciencias por sí mismas, aisladas, tienen poco de educativas. En efecto, la adquisición de conocimientos acerca de la cantidad y de los fenómenos naturales y los medios para dominarlos, ofrece al hombre inmensas posibilidades de mejoramiento material de la vida así como de satisfacción intelectual; pero no lo hace me-

por, ni contribuye a perfeccionar su personalidad. En este sentido acierta Nietzsche al afirmar que "el hombre científico y el hombre culto pertenecen a dos esferas diferentes, que una que otra vez se tocan en un individuo, pero nunca coinciden". En cambio la adquisición del saber científico comporta en algún grado formación cultural si es presidida por una actitud moral y filosófica. Respecto a las letras, es obvio que son educativas además de instructivas por la influencia que tienen sobre el sentimiento y la estimativa. Naturalmente, tal influencia depende mucho de la manera como se realice la enseñanza. Por su parte, la filosofía obra, ora favorablemente sobre la formación espiritual del individuo, ora de manera adversa, según condiciones que veremos después.

Comencemos con el poder educativo de las ciencias, siempre indirecto y limitado. Al decir ciencias me refiero sólo a las matemáticas y a las naturales. A las llamadas del espíritu las considero aquí del dominio de las letras o de la filosofía por razones que indicaré. El ejercicio del pensamiento científico comienza a ser cultural al exigir rectitud de juicio en el análisis de los hechos y al desarrollarse la conciencia moral insita en la distinción y respeto de los datos positivos. Así la disciplina científica, como escuela de prudencia y sobriedad, sirve de salvaguardia contra la vulgar desmesura de la media ciencia, que todo lo explica y confunde con la extensión ilegítima de los conceptos y las vacuas teorías populares. Pero no logra la más alta dignidad educativa de que es capaz sino gracias a dos condiciones: en primer lugar, merced a la conciencia clara de la relación entre el conocimiento fragmentario de las diferentes ciencias y la idea general de la ciencia, a la orientación del propio ser cognoscitivo en el conjunto del universo, y al propósito desinteresado del saber como un valor por sí mismo, como acto de amor a la verdad, nunca definitiva en este campo; y en segundo lugar, merced al entusiasmo por el descubrimiento original, independientemente de toda utilidad y vanagloria, y al recogimiento silencioso frente a la inmensidad insondable de lo incierto, que se dan plenamente sólo en quien realiza el trabajo científico como verdadero investigador. Únicamente cuando la ciencia es animada de manera implícita por el espíritu, por la totalidad del espíritu, que es la verdadera fuente de su forma pura, constituye saber culto y no mera colección de hechos parciales, construcción teórica desafortunada o acaso arsenal de la pedantería.

Puede alcanzar eminente valor educativo la buena enseñanza de aquellas ciencias que se reúnen bajo el nombre clásico de historia natural si, sin rebasar el terreno que le corresponde, lleva la mente del educando a los límites de la visión metafísica y la elevación religiosa. En efecto, por encima de la descripción precisa de los astros, de las formaciones minerales, de los seres vivos; por encima de la inteligencia de las relaciones causales puramente mecánicas de los fenómenos de los tres reinos hay una realidad mayor: la naturaleza misma. En ella, una, dinámica, germinativa y creadora, se manifiesta un orden coherente al cual está ligado el hombre como criatura que al mismo tiempo pertenece a otro orden, al mundo del espíritu. Criatura frente a otras criaturas, cada una de las cuales, como el conjunto de la naturaleza, tiene una espontaneidad y un sentido final trascendentes a la mera agrupación física de los elementos que la constituyen. Pues todo ser vivo posee una estructura, un funcionamiento y un comercio con su ambiente cuya "historia natural" es ininteligible si no se considera que encarna el despliegue de una idea, la realización de un plan. Cada animal y cada planta es un mundo que, como la creación toda, muestra la discordia y la unión, la variedad y la armonía, utilidad y belleza, ley, jerarquía e iniciativa. He ahí un espectáculo grandioso propio para despertar en el alma juvenil inextinguible resonancia, preámbulo feliz a la más alta y profunda espiritualidad.

La comprensión admirativa de las criaturas sub-humanas y el reflejo del acontecer orgánico del cosmos, ciertamente son capaces de plasmar una vida intelectual ascendente, de modelar el alma, pero sólo el espíritu hecho verbo logra plenamente esta función. Por eso la cultura superior halla su genuino contenido intelectual en las letras, de cuya esfera son inseparables tanto la historia (la historia tradicional sin pretensiones de ciencia de hechos equiparables a los de la naturaleza ya que no se repiten los de la humanidad en devenir), cuanto la norma moral y el sentido jurídico, quilates de su dignidad. Por la cultura literaria el hombre logra desplegar las mejores disposiciones y aspiraciones de su ser espiritual en el mundo superior de los bienes ideales, de la pura calidad humana, a la cual es inherente el anhelo de salvación. Con su inmensa perspectiva de valores, con su rico arsenal de ideas generales, las letras, las divinas y las humanas, forman el buen sentido, favorecen la madurez, la claridad y la amplitud de criterio para todas las situaciones.

así como el orden, la firmeza y la excelencia del juicio en todo el vasto dominio de la vida real en que no tienen cabida ni los datos y métodos científicos ni los procedimientos de la habilidad técnica o empírica. Y con su específico influjo sobre la estimativa, afinan la sensibilidad, depuran el gusto, ennoblecen el porte y, sobre todo gracias a las letras sagradas, elevan el alma a la consideración de su origen y su destino trascendental. Aunque la asimilación de la cultura literaria, aparte de su inmensa utilidad para hablar bien, no reporte beneficio práctico inmediato, es innegable que el tesoro de sabiduría adquirido con ella confiere a la persona posibilidades infinitas para hacerle amable, jugosa y profunda la existencia. Es obvio que semejantes adquisiciones no están al alcance de cualquiera — cultura superior sólo para mentalidades superiores — así como que no se logran sino gracias a un aprendizaje esforzado y perseverante, que comienza con la disciplina del griego y del latín. La educación humanista, cuya base son las letras (tomadas en el amplio sentido antes indicado), constituye escuela de formación universal del espíritu, pero no a la manera lamentable del saber igual para todos, propia de una concepción política cuya autopsia, tarea fácil, no es oportuno intentar aquí. Las letras — claro es que me refiero a la obra insigne de los genios creadores de civilización verdadera y no a la de los ingenios parvos — ofrecen modelos eternos de perfección y sabiduría, que si bien concuerdan por la alteza de las ideas y del tono, son diferentes e inagotables por la variedad de la substancia y las figuras que entrañan. Por eso cada educando logrará participar en la universalidad de la sinfonía magnífica de la tradición literaria en la medida de su capacidad para comprenderla y según su nativa disposición para ser influido por los diferentes modelos.

La función educativa de la filosofía difiere tanto de la inherente a las letras cuanto de la que puede conseguirse con las ciencias. La filosofía propende a relacionar al hombre con el todo por la inteligencia, a buscar el sentido profundo de lo asequible en la experiencia, a llevar al alma, en la plenitud de su ser, frente al origen, la esencia y el fin de lo existente, inclusive el destino de ella misma. Aspirando al conocimiento perfecto de la realidad, el filósofo ejemplar reconoce la limitación de su saber, y con la renovada inquisición correctora de falsas soluciones, su espíritu se afina y se remonta hasta en la expresión de su ignorancia. El sim-

ple vislumbre de la arcanidad le enriquece tanto como el propio conocimiento. Y es fuente del humanismo filosófico la reflexión que le remite a sí mismo, a su yo, no para excitar los apetitos sino el afán desinteresado a la vez que fundamentalmente práctico de ahondar en la existencia intrínseca. Este trabajo interior, este hacer de la propia experiencia una tarea de conocimiento real de la vida, al que no se llega sino a través de la aprehensión del universo y de las otras existencias humanas, tiene su punto de partida en la concepción del mundo. Todo hombre, sépalo o no, lleva como centro de su estructura anímica una concepción del mundo, que la disciplina filosófica superior es capaz de depurar y ajustar, destruyendo lo que tiene de insubstancial y precario, producto de pasión engañosa o de inercia del pensamiento. Con la educación filosófica el sentido de la concepción del mundo, o de lo que queda de ella, tiene un fundamento tanto más universal cuando más íntimo es el afán de verdad y concentración personal. Por otra parte, la claridad, la solidez y la riqueza de la propia visión se logran en correspondencia con la amplitud del horizonte de ideas, conquistada principalmente con la cultura filosófica. Contenido importante de ésta es el conocimiento de los sistemas de los grandes pensadores. Cada uno de ellos, en su lugar y en su tiempo, encarna en forma especial lo general de la filosofía. La historia de la filosofía no es un panteón de especulaciones singulares y contradictorias ya fenecidas, sino el organismo vivo de uno y el mismo esfuerzo del espíritu dirigido hacia la claridad acerca de las cuestiones decisivas para la existencia humana. Por encima de la multiplicidad y discordancia de los sistemas filosóficos, la reflexión vigilante y la conciencia histórica revelan la substancia única que toma forma en todos ellos. En las filosofías está la filosofía para quien es capaz de participar con su propia vida y con su propia decisión en la fuente verdadera de las mismas. Es contraria a la alta cultura filosófica la erudición superficial, el prurito de otear el pensamiento ajeno sin madurar el propio. Pues la meta de la formación filosófica no es comprender la filosofía hecha sino despertar en el alma espiritualidad primigenia, con actos autónomos que trasciendan a todo saber adquirido. Tiene valor incuestionable sólo el conocimiento colmado de experiencia del mundo real y arraigado en lo más íntimo del ser propio. Por eso la experiencia metafísica llega siempre a la certeza última, a la fe. Y no hay fe consistente que en el

fondo no sea creencia religiosa, sentido último del anhelo de salvación. Desde este punto de vista acierta Herder cuando afirma que "la primera y la última filosofía ha sido siempre la religión". En la Edad Media la sana especulación filosófica, *praeambula fidei*, no se concebía que pudiera redundar sino *ad majorem gloriam Dei et ad majorem pacem hominum bonae voluntatis*. Con la Reforma, la lucha por la última instancia de la verdad se resuelve en la creencia privada. Troeltsch, investigador afanoso como pocos del rigor científico, no encuentra en tal camino fórmula mejor que ésta: "La evidencia de una convicción de fe condicionada por la conciencia individual". La Iglesia Católica sostiene siempre el principio de que *recta ratio fidei fundamenta demonstrat*. En contraste con los semifilósofos positivistas del siglo pasado, Karl Jaspers, pensador egregio y uno de los más celosos defensores de la autonomía del pensamiento filosófico, no vacila hoy en afirmar que la filosofía destruye su tradición substancial si pretende atacar a la vida religiosa eclesiástica. Nadie puede negar que la cultura filosófica sufriría mengua si se pretendiera desviarla de su vía propia. Mas fuera de esa vía o allende el término de la misma, sus pretensiones son insensatas. El trabajo filosófico, para el cual "todo pensamiento es una metafísica en acto", encuentra su límite al tocar la esfera de la religión. Si respeta la legitimidad de ésta, cumple su misión cultural; pero si pretende substituir a la religión por una explicación genética, que confunde la vida de la fe con las condiciones sociológicas de su manifestación, entonces se aleja de la sabiduría, priva de raíz a la cultura y desubstancia al hombre. En general, la enseñanza de la filosofía, según se oriente, tanto puede contribuir a la educación del hombre, conduciéndole a la verdadera vida del espíritu, eficaz en la teoría y edificante en la práctica, como puede conspirar para la ruina de toda adquisición formativa, enfrentando a sus víctimas con el abismo de la nada.

Inseparable de la cultura intelectual y artística, la formación moral sazona a lo más hondo y decisivo del ser humano. Pues así como la razón, el *logos*, no cobra vida sin la fantasía y la fantasía carece de objetividad ideal sin la razón, ambas logran trascendencia y engendran perfección subjetiva del ser humano únicamente en la libre decisión moral de éste. Al igual que las gracias de la mitología griega, es fuerza que en la obra educativa vayan enlazadas la verdad, la belleza y el bien. El pedagogo dispondrá del minis-

terio de las ideas para adoctrinar al educando acerca de las normas de la conducta; y, del encanto del arte, sobre todo de la poesía, para abrir los ojos de su alma a lo sublime; pero la forma más directa y poderosa de su influencia moral será siempre la edificación. En cuanto pura teoría, las normas éticas, orientadoras de la vida con arreglo a medida y claridad de lo inteligible en el reino moral, quedan flotando en la lejanía de lo abstracto; las bellas creaciones del ingenio, capaces de revelar un mundo magnífico de superior realidad, por sí solas no bastan para llenar el abismo que separa el bien contemplado del bien realizado; sólo el ejemplo vivo, colmado de verdad humana actual, tiene la máxima fuerza de lección eficaz.

No es semilla de fecunda vida moral, de incentivos para el amor al bien, el seco impartir enseñanzas acerca del deber y las leyes del recto comportamiento y, mucho menos la exposición de exangües y caricaturales construcciones ideológicas de una llamada moral social o biológica. La formación del *ethos* depende de la excitación del ser espiritual en su núcleo, de modo que despierte y promueva la estimativa. Como ha probado Nicolai Hartmann, confirmando lo ya entrevisto desde la Antigüedad, en especial por Aristóteles, la conciencia de los valores es ante todo un contacto primario e inmediato con lo valioso, y el original y puro sentimiento de valor no se deja torcer por el pensamiento sin oponerle resistencia, pues no se hacen valiosas las cosas ni se derrocan los valores a voluntad. Los valores poseen un ser propio, una legitimidad y una dirección autónomas. De modo que la estimativa no determina al valor, sino que éste revela su entidad espiritual a la estimativa, de la misma manera que el ojo corporal no engendra la luz sino que es sensible a ella. El pedagogo que ignore tales fundamentos y carezca de un órgano moral rectamente desarrollado, será incapaz en absoluto de dirigir la formación de sus discípulos. Si esto, precisamente, no ocurriese con frecuencia, como por desgracia lo verificamos, se consideraría la mayor locura entregar el alma de los niños, para que la "formen", a hombres que conservan informe la suya o deformada por obra de una lamentable preparación.

En cambio, el maestro cuya actuación se ejercite en promover con prudencia y miramiento el orgánico despliegue de la estimativa del educando y cuya autoridad sea fuente viva de edificación, ese realizará genuina cultura moral superior. Es un hecho psicológico de la mayor importancia para el caso, que el hombre, particular-

mente durante el desarrollo, adquiere experiencia y desenvuelve su aptitud estimativa — sobre todo en el orden moral — apoyado en las otras personas, en virtud de la participación anímica inmediata, de la simpatía elemental, como si su yo se adhiriera inconscientemente al dictamen ajeno. Esta confianza, esta fe, esta entrega ingenua, que no desaparecen del todo ni en los espíritus más maduros e independientes, son tanto mayores cuanto más grande es el ascendiente de la persona determinativa. En la situación pedagógica, el maestro tiene este carácter, y si su autoridad resplandece, la influencia de sus enseñanzas y de su ejemplo será indeleble. En todo caso su acción magistral depende de su dignidad; su eficiencia educativa, su poder sobre el destino de la juventud que prepara, están en estricta relación con el respeto que inspiran su persona y sus actos.

Otro hecho digno de consideración en materia de cultura moral, y complementario del que acabo de señalar, es que los ideales de perfección humana tienen resonancia germinativa en el alma y promueven en ella empeño de realización propia, sólo si despiertan inextinguibles sentimientos rectores de la existencia y si la asimilación de su contenido se constituye y medra en ininterrumpido avance, de suerte que “cada paso sea una meta sin dejar de ser un paso”, según la bella máxima goethiana. Semejantes requisitos se cumplen de modo óptimo cuando la calidad nativa del educando responde al lucimiento de un mentor capaz de despertar de parte de aquél adhesión profunda, pues, mayormente en esta materia, “no se aprende sino de quien se ama”. Esta última sentencia es también de Goethe, según cuya sabiduría el hombre debe observar tres clases de respeto: respeto para quien está encima de él, respeto para quien está por debajo y respeto para quien tiene a su altura.

No niego que así aparece la cultura moral superior casi inaccesible. Y concedo que se diga ser grande exigencia para quien tiene a su cargo la educación de la juventud, el que posea cualidades tan selectas de decencia señorial, vocación e idoneidad. Mas lo cierto es que de otra manera no cabe alcanzar un alto grado de cultura. No es menos cierto tampoco que existen pedagogos de esa talla, especialmente, según mi experiencia, en los planteles regentados por monjas y sacerdotes. Y es de esperar que la instrucción pública los tenga en abundancia cada vez mayor, cuando sin reparar en lo gravoso de la empresa, forme un magisterio de *élite*,

con la más rigurosa selección del personal, en instituciones de largo internado, que lo eduquen y afinen con primor y de raíz.

La relación entre la autoridad docente y la formación moral encarnada en el comercio de maestro y discípulo, es la representación personal de la vida misma de la cultura, es el caso particular de la influencia del espíritu constituido históricamente. Y hasta la propia disciplina pedagógica, genéticamente interpretada, se resuelve en cultura primordial, según observa Friedrich Delekat: "El nacimiento de los principios teóricos de la educación y el despertar del *ἔπος θεωρητικός* se manifiestan en la sucesión histórica originados por la ruina de los lazos éticos fundados religiosamente de una totalidad cultural primigenia".

Mas el hecho que interesa considerar aquí es la dependencia de la educación frente al patrimonio histórico, esto es, que toda obra educativa es tradicional. El hombre, como ser espiritual, se sustenta, consciente o inconscientemente, de las fuerzas vivas y de las objetivaciones inherentes al mundo temporal en que vive, asimilando lo substancial y unitivos o meras piezas disgregadas de ese fondo histórico que cada generación enriquece con las creaciones, las hazañas y las figuras de sus grandes hombres. El sujeto actual arraiga tanto más hondamente en esa totalidad del devenir histórico, cuanto más solidario se siente de los nobles esfuerzos y de los valores positivos en ella logrados. Sin pasado que recordar no hay pleno ser humano. El presente no se basta ni puede bastarse a sí mismo: vale por sí y vale por su haber de pasado y por sus gérmenes de futuro. La lealtad para lo pretérito, incluso por lo que éste tiene de insondable, da fuste y riqueza al presente y ofrece posibilidades al porvenir con un caudal de inexhausta incitación formadora de humanidad. Pues no se trata sólo de hechos sucedidos ni de simple temporalidad petrificada o muerta, sino de toda una dimensión de la existencia humana y de todo un mundo de expresión de lo eterno, susceptible la primera de ser incorporada como perspectiva y capaz el último de revelar su sentido trascendental.

Estas posibilidades culturales, de lo histórico y de lo eterno, que son como el cuerpo y el alma de la tradición, se hacen realidad original en las decisiones importantes de los individuos y de los pueblos conscientes de una misión. A este propósito, conviene recordar que mucho pierde la cultura de un pueblo con las decisiones y aun con sólo las iniciativas que tiendan a disolver su perso-

nalidad histórica y su virtualidad racial. Ejemplo convincente de tal aberración nos ofrecen los franceses que con la revolución destruyeron sus antiguos institutos y crearon el afán cosmopolita. La satisfacción con que Víctor Hugo se llama "*patriot de l'humanité*", característica de una mentalidad colectiva, la está pagando caro la generación actual. Ojalá que no suceda cosa semejante con la turbia corriente de deslatinización de nuestra América, cuyo peligro señaló con profético acierto — lo vemos hoy — José Enrique Rodó en su *Ariel*.

En esa especie de *demi-monde* intelectual a que me he referido, reina la opinión absurda de que con el respeto a la tradición el hombre pierde en posibilidades de independencia y, por ende, de originalidad. Cuando lo cierto es que sólo gracias a la disciplina de la cultura tradicional es factible librar al individuo de la esclavitud de las pasiones bajas y de las opiniones tendenciosas, que difunden en las masas quienes quieren engañarlas para el ruin provecho propio. Este es el verdadero peligro para la autonomía y la originalidad personales. La libertad no es un estado nativo sino una condición que se conquista sólo con la pugna por lograr un ser intrínseco, por valer con lo que depende de uno mismo, por ampliar la intimidad en dirección a lo absoluto. Pues tampoco hay libertad donde la libertad pretende reducirse a sí misma, sin el fundamento de la trascendencia, sin el polo de lo incondicional, sin contacto, asimilación y transformación del mundo presente y de la tradición. El milagro del acto libre radica, no en la arbitrariedad, sino en el vencimiento de la vida inmanente, causal y finita, ciega a lo que la supera. Este vencimiento de lo inmanente, causal y finito es la médula de la historia. Ciertamente que no se refleja en la mera erudición acerca de los acontecimientos y las edades, de la misma suerte que la libertad verdadera no alienta en los tópicos y la alharaca acerca de la libertad, disfraz, muchas veces, de la avidez de fariseos esclavizadores.

La tradición no es fecundante sólo por su elemento comprensible. Una cierta devoción, una cierta veneración, que puede no ser fundada en conocimientos, es un factor — acaso un riesgo — insustituible para admirar y amar cumplidamente nuestro pasado. Sin esto no hay virtualidad mítica en la historia de los pueblos, y tampoco la hay si predomina un afán de malquerencia y negación acerca de los fundadores, como se observa entre nosotros, felizmente de

parte no la más autorizada, respecto a nuestros progenitores españoles.

Theodor Litt expone con sensatez la relación recíproca existente entre tradición y libertad en estos términos: "No podemos borrar lo que ha crecido con todas las fibras de nuestra alma aunque tratemos de no aceptar su realidad. Para una cultura madura como la nuestra, la libertad interior no significa el rompimiento con lo pasado, sino una autoconfirmación que dé claridad al espíritu acerca de sí mismo, de su devenir y su ser, de su poder y sus límites. Haríamos imposible tal liberación de nosotros mismos si soterrásemos los tesoros de un pasado que vive y vivirá eternamente en nosotros".

Para dar término a mi exposición sólo me falta señalar la particularidad de la cultura en las tres etapas de la enseñanza: primaria, media y universitaria. Como no se trata aquí de la instrucción sino de la educación, lo que importa principalmente es considerar la disposición estimativa del educando en la niñez, la adolescencia y la juventud. La psicología enseña que el niño vive en un mundo infinitamente valioso, cuyas manifestaciones admira y ama permanentemente, exornándolas con las galas de su fantasía, si bien no tiene conciencia de los valores que le permiten el disfrute de su encantamiento. La cultura superior en esa época de la vida mirará a la plenitud y consumación de la esencia propia de la niñez, considerando, con el poeta, que "lo que sentimos en nuestra infancia colora nuestra alma y el resto no hace más que teñirla" y, con el filósofo, que "se conserva hombre por excelencia quien se conserva niño". Según esto, la *cultura animi* durante la primera enseñanza deberá ser fundamentalmente religiosa. Pues el núcleo germinal y promisorio de la cultura, tanto del individuo cuanto de los pueblos, está constituido por la religión, cuyo fuego es el único capaz de inflamar los más altos propósitos humanos. El niño, merced a su profundo anhelo de misterio y de mundo sobrenatural, adquiere con la iniciación religiosa la base genuina de toda fe y el máximo incentivo para la cohesión entre los hombres. Las imágenes sublimes de la Escritura y de la liturgia facilitan la constitución de símbolos condignos para la trascendencia íntima — tanto más firme cuanto más precoz — y para la conducta moral. El fomento de ésta en los primeros años de la vida, no es tan importante y espinoso por los peligros anexos a la adquisición de la experiencia en el dominio del bien y del mal, cuanto por la preserva-

ción de la pureza, prestancia del alma infantil. Pues la plenitud y madurez de la conciencia moral es difícil de alcanzar sin sacrificio del candor, barrera frágil y poderosa frente al mal, cuya fragancia constituye la gala más rara de la personalidad formada. Evitar su naufragio, sobre todo a la mujer, es salvarle la fuente preciosa de la armonía interior y de la verdadera dulzura de la vida. En lo que atañe a la educación artística, con el natural maravillosamente impresionable y expresivo del niño, la belleza, el ritmo y la medida configuran y diferencian su fantasía en servicio de la formación espiritual. Por último, es propio hablar de cultura superior del párvulo en el terreno intelectual si al iniciar su mente en el conocimiento de la historia natural — cultivando un trozo de jardín y llevándole por los campos — se le despierta inextinguible admiración hacia las maravillas de lo creado, tanto mejor si el maestro aprovecha tales ocasiones para suscitar el amor al suelo natal.

El adolescente, inseguro de la realidad y de sí, inclinado a lo problemático, a lo lejano e ideal, afronta la vida con una mezcla sorprendente de indiferencia, temor y desenfado, al par que tiende a buscar el sentido último de todo y anhela ser comprendido. Su penuria espiritual, su capacidad de entusiasmo y su ansia secreta de guías y modelos son condiciones apreciables para la cultura, que no será superior en esta etapa si no tiene por base la disciplina de las humanidades clásicas: largos años de aprendizaje de latín y griego, descifrando los textos inmortales y bebiendo la sabiduría en la fuente misma. Sobre esta base óptima todo lo demás se adquiere fácilmente: vigorosa cultura moral y cívica, perfección en el decir y ornamento de la literatura vernácula, orientación histórica, psicología comprensiva, educación científica con sentido científico.

Después de la adolescencia, a la edad en que según Paul Claudel se opera "la gran fermentación de que depende todo el vino de la vida", el joven vuelve a relacionarse de modo coherente con la realidad y con el mundo de los valores, y manifiesta un conato definido de constituirse él mismo en entidad responsable de su propia formación. El que ha disfrutado de una sólida enseñanza de tipo clásico está ya prácticamente educado, salvo lo tocante a la filosofía, que sólo en la última etapa de la instrucción está en aptitud de comprender a fondo. Si faltan las humanidades en su preparación, a menos que su espíritu sea particularmente selecto, el conocimiento de la literatura, la filosofía y el arte sólo imperfectamente

compensará tal deficiencia. En todo caso, el ejercicio de las profesiones liberales exige como requisito un sólido fundamento de cultura general; pues el abogado, el médico, el ingeniero, se ocupan del hombre como un todo; desde su particular punto de vista práctico, encaran situaciones que no pueden abarcar y resolver en toda su plenitud y significación si carecen de horizonte filosófico, de sentido humano, de dignidad caballeresca.

La universidad no puede ser sólo plantel de aprendizaje profesional o escuela de perfeccionamiento humano o centro de investigación de la verdad para ampliar el dominio del saber positivo. La universidad, *universitas*, es todo eso harmónicamente relacionado por la misión esencial de conservar sin merma el tesoro tradicional de la cultura, en forma de viviente espiritualidad y trabajo conienzudo de maestros y discípulos. Universal por la amplitud de sus fines, por la substancia de su ejercicio y por el carácter de su organización, la institución universitaria debe ser nacional por el foco de sus aspiraciones constructivas, por la procedencia de los temas predilectos de su indagación, por el ascendiente de sus figuras representativas — para lo cual no es forzoso que pertenezca al Estado. Semejante nacionalismo cultural es por esencia contrario a las ridículas utopías basadas en la idolatría de elementos del folklore indígena y de accidentes del color local.

Al terminar mi discurso deseo expresar que, como sin duda ocurre a los oyentes que me dispensan la generosidad de su atención, no se me oculta que poco o nada he dicho factible de aplicación inmediata. Mas me sirve de excusa la fuerte razón de la imposibilidad de improvisar un elevado nivel de cultura sin la conjunción venturosa de infinitas circunstancias, muchas de ellas inaccesibles a la voluntad del hombre, mayormente a la iniciativa privada. Con todo, mientras haya hombres de buena voluntad, la adhesión sincera al ideal, por inalcanzable que parezca de momento, en algo es capaz de contribuir a su realización.

Honorio DELGADO.